

VERANO/MODA 82

P... la quizás bella.
(Jorge Guillén)

ELOS lisos o cortos, naturales (difícil naturalidad del pelo femenino, cuando ellas se hicieron la primera permanente en el pleistoceno), caras lavadas frente al maquillaje/máscara de las «convencionales», turquesas frente al oro y la plata (falsos) de la mayoría natural y la gran derecha (los originales están en Zurich, donde ha contado un banquero suizo que los españoles tenemos ahorrada una verdadera pasta, en la alcancía lírica y hermética de los Bancos internacionales, bajo los tilos que ahora mismo le dan sombra a la pascata lúcida y vieja de Max Frisch).

Rayas y colores ácidos

*No puede existir un dandismo
femenino.*
(Baudelaire)

Rayas y colores ácidos, en la progresía, frente a los estampados y los rosas plisados que vuelven a toda aspirina, como atalaje, parafernalia e hierofantía del retrofranquismo postgolpista o el retrogolpismo postfranquista del '82.

Liberadas, progres, pasadas, modernas, colgadas, picadas, *intelectuales*, rojas y acratillas con pelo larga, han decidido hacérselo de «miserabilismo» (un miserabilismo que esconde/exhibe el más martirizado buen gusto), frente al bizantinismo hortera de las santas esposas que han vuelto a ver mucho a sus maridos en TVE, gracias a la *era imaginaria* de Robles Piquera. Chalecos negros y pantalones rectos. Blazer corto y sin solapas. Bustier negro, cinturón ancho. El bustier ha sustituido al sostén/sujetador de corsetería de toda la vida, bécores y otras prendas televisuales porque el bustier supone llevar los senos sueltos, pero no destapados («orejas», dice el diccionario cheli), y aquí hay una sutil diferencia; el sujetador, con o sin cazoleta, con o sin relleno, es un invento matrimonial/burgués que tiende a realzar o sustituir, cuando no existen,



los naturales barroquismos del cuerpo femenino.

El bustier, por el contrario, no sólo se niega a jugar el juego de la simulación/exaltación, sino que ni siquiera se queda en lo natural, los pechos sueltos bajo la ropa, o al aire: el bustier aplasta los senos como ropaje de monja, los hace desaparecer, porque la moderna/progre/iberada-roja no quiere que sus senos sean los rehenes de su feminidad, a cambio de los cuales la sociedad se lo da u ofrece todo: empleos, cenas, teléfonos y dúplex.

**Chaqueta spencer,
zapato cardenal**

*Hoy me he tendido junto
a una muchacha pura*
(Pablo Neruda)

Tanto la chaqueta spencer como el zapato cardenal, de tacón bajo y casi cuadrado, son la respuesta guerracivilista de la moda progre a los manierismos babélicos de la moda ucedé, por ejemplo, que antes, cuando menos, estaba sujeta por la natural sobriedad/pasividad del Caudillo. Ahora, como las infanzonas del martinivillismo consideran que ya son demócratas, como una inglesa o una sueca, se lo quieren poner todo y se ponen lo que ya no se pone nadie por el mundo.

Han reconquistado lo que ya tenían de siempre, pero ahora sin someterse a la mirada vacua del Caudillo ni al reojo inquisitorial de los cardenales. Me lo decía hace poco una modelo:

-Hay dos tipos de feminidad en la derecha/derecha: la castidad tipo Sección Femenina y la libertad en plan hembra española, con todas las abundancias por delante, que es lo que tiene trapío y les gusta a sus hombres, cuando lo elegante es echarse para atrás y ocultar lo que una tiene, procurando, además, tener poco.

El zapato de tacón alto es una ruina en pie del coturno griego o egipcio, como la mujer burguesa o la perfecta casada de Fray Luis es una última alusión a la diosa o a la Virgen. La mujer, así, necesita una peana, ya que la moral tradicional le ha puesto en un altar, por virginal o por santa esposa:

-Yo a mi señora es que la tengo en un altar.

-Pues bájela usted de vez en cuando, hombre, y llévala al cine.

Lo mejor que tiene la televisión es que ellas pueden verla sin bajarse del altar. El tacón alto es muy malo para la matriz, pero aquí sólo renuncian a él las monjas, que son las únicas que no paren. Una sociedad, una economía y una moral montadas en torno a la procreación, mantienen al niño intrauterino en equilibrio inestable hasta el séptimo mes. Las que sacan pancartas de «Aborto asesino» suelen llevar tacones asesinos de quince centímetros.

Quitando Rita Hayworth, que ha sacado sus tacones Gilda de toda la vida, el pasado miércoles santo, en la tele (esto es hacer una buena programación de Semana Santa aconfesional, sí) y tuvo una hija, Jasmín, que nació princesa del príncipe Ali Khan.

Pero para eso hay que ser Rita.

Una rosa en las tinieblas

Una rosa en las tinieblas.
(Mallarmé)

Viene lo negro, la ropa negra con camisas blancas y botones negros. Pero «cierro los ojos y el negror me advierte que no es negror». El negro sólo es luto para la derecha, para la tradición, para la religión (española), para la inquisición. Si algo tiene la izquierda lúdica y estética es que sabe ver y mirar el negro, descubrir las rosas que alumbran en su tiniebla. En eso estamos.

Hay trajes, chaquetas, trajes de chaqueta, pantalones, bolsos, bombachos, chalecos, todo en negro. Por el entendimiento del negro podemos entender mejor las castas ideológicas de este país, ya que toda ideología no es sino la imposición de una estética, a fin de cuentas. El filósofo clásico hablaba de negar toda idea que no pudiera dibujarse (geométricamente, supongo), y hoy, tras el crepúsculo (no precisamente gonzalo-fernandiano) de las ideologías, uno no puede aceptar un sistema mental que no tenga un color, porque la idea que no se ha pasado previamente por los sentidos (como los antiguos hablaban de pasarse una idea por el corazón: *recordar*), es una idea fría, seca, dura, fanática, irreal, dominadora y desencarnada. ¿Cómo lee la derecha lo negro?

Cuando no existían los términos derecha/izquierda, sino dominicos-albigenses o cualquier otro juego de





VERANO/ MODA 82

contrarios, el negro era el color de la Corte española, el color del Imperio, la fe y los Felipes, y se impuso al mundo. Era lo negro como luto, lo negro como la hipocresía de todos los colores, ya que siempre hay una rosa escondida en las tinieblas, mallarmiana. Estamos en el XVI. Ya en el XVII, el Barroco es una coartada religioso-sensual para vestir el mundo de todos los colores. (España, entonces, vestía al mundo por sus capitanes: luego lo ha seguido vistiendo por sus modistos: Balenciaga o Pertegaz).

Y el XIX, el Romanticismo, es ya, ante todo y entre otras cosas, la reivindicación de lo negro como bandera de la izquierda, desde los piratas a los suicidas, desde nuestro Cadalso (romántico previo) a Baudelaire, romántico póstumo. El negro, cortesano en Velázquez, es ya alegre y brillante en Goya. Nuestro rojerío de todos los colores, durante el franquismo, le hacía al negro una lectura ético-ascética/estoica. Iban de suéter negro porque bajo una dictadura no podía florecer el arco iris. Hoy, el rojerío de todos los colores sigue siendo adicto al negro, pero le hace más bien una lectura estética, atuendaria, casi dandy. Vale aquí la frase manhattanica de los Panteras Negras: «Black is beautiful». Nuestro retrointegrismo, por su parte, sigue haciéndole al negro una lectura funeral, protocolaria, antepasada y de clases pasivas: lo negro es viudedad. Esto quiere decir, no solamente que el retrointegrismo carezca de imaginación, sino que le aflige eso que alguien ha llamado «el ridículo del miedo al ridículo». Se acuartelan en lo negro, charolado o no, porque viven un culto a los viejos que es vicario del culto de los muertos, pero un culto a los muertos sin grandeza egipcia, que sólo les faraoniza un poco el domingo por la tarde, cuando van a ver a la madre viuda y sola, embalsamada de televisión.

Vestido ámbito/ vestido mensaje

*Vino primero, pura,
vestida de inocencia.*
(JRJ)

Se llevan los vestidos sueltos, el lino y el hilo, la ropa floja, pantalones y

Mayo 1982



camisetas, entre la moda progre que nunca se sabe si ha tomado sus patrones de la calle o los ha impuesto a la calle. (Pasa igual, naturalmente, en la otra moda.) Pero sí que hay como un deseo de naturalidad, una voluntad de sincerarse. El vestido veraniego de la mujer ha de ser el ámbito de su comodidad, de su libertad. Dentro de ese exceso de tela puede que se mueva un cuerpo desnudo. La mujer, quizá, está dispuesta a desnudarse en cualquier momento y por cualquier cosa, en verano. A lo que no está dispuesta es a utilizar el vestido como mensaje sexual, como código erótico, como insinuación, como juego de ocultaciones/exhibiciones.

Con esto, la mujer se sustrae a la estrategia callejera y social del vestido/mensaje y se encuentra más libre interiormente. También corporalmente, porque un cuerpo desnudo, dentro de una ropa holgada, permite vivir la propia vida gestual y, sobre todo, salva de la alienación del cuerpo como traje, que es como llamaríamos a

esa ciencia pornohipócrita de someter el propio desnudo, en playas y fotos, a un esculturismo que, cuando menos, es cursi.

El cuerpo como traje. Es lo del traje como cuerpo, pero a la inversa. Si el vestido de la mujer ha sido una imagen vicaria de su cuerpo, un anticipo, una promesa/suplantación, he aquí que, llegado el desnudismo, la inercia indumentaria, moral y estética nos lleva a lucir el propio cuerpo desnudo como un último traje. Los desnudos femeninos del cine, las revistas pornomultinacionales, los campos nudistas caros y ciertos espectáculos, suponen el envilecimiento del cuerpo como indumentaria, como uniforme sexual. Las posturas, los escorzos, las actitudes, la expresión del rostro, incluso, en las grandes mujeres famosas o incógnitas, convierten el desnudo en una representación y el cuerpo en un traje último: el más fascinante y lujoso.

Esto es, naturalmente, lo que da la pornografía, o sea el irenismo y la falsedad. Aparte comercializaciones, la



VERANO/ MODA 82

tiempo: la máquina y el periódico diario». Pero las sucesivas mocedades, desde los existencialistas sartrianos de postguerra a los ácratas radiofónicos de ahora mismo, se han dado cuenta a tiempo de la trampa que ya pronunciaban surrealistas y vanguardistas: y retornan una y otra vez (beats, hippies, undergrounds, ácratas, ecológicos) a la naturaleza y lo natural, descubren con Castaneda y Artaud que el

peyote es más natural que los coñacs de droguería, siquiera sea una droguería genealógica, y que ir descalzo es más natural, más hermoso, más cómodo (a la larga), más estético y más barato que los zapatos de piel de serpiente, zapatos que suponen, cuando menos, una hermosa, floreada e inteligente serpiente muerta (las bellas serpientes parece que están enteladas, como los dúplex caros). Lo dijo Vi-

inercia de la ropa es tan fuerte que la gente se libera del prejuicio indumentario y se desnuda, pero mentalmente «sigue estando vestida». Hombres y mujeres, entonces, llevan sus trajes de carne como trajes de noche.

La diferencia entre un desnudo escultorista/escultórico de Puerto Baniús y un desnudo adolescente, femenino y quizá extranjero, de Ibiza, es que la ibicenca está realmente desnuda, desnudamente desnuda, porque se ha desnudado para que su cuerpo se haga soluble en el sol, el aire y el agua, en la vida, mientras que la otra se ha desnudado conservando los pendientes y unas actitudes de llevar traje de cola.

El cuerpo como traje es la última defensa de la moral convencional contra el desnudo. El cuerpo como cuerpo, aunque lleve las ropas holgadas que señala la moda progre para este verano, es, cuando menos, un intento gestual y psicológico por acabar con las últimas defensas y convencionalismos de una cierta moral que ni siquiera es «la de toda la vida», sino, como mucho, la de una vida que no va más allá, históricamente, de «La Ilustración Española y Americana» o el Museo de las Familias. Sólo Jane Birkin, entre los desnudos informático-cibernéticos, no posa de desnuda ni mete la tripa para las fotos, según confiesan desesperados sus managers.

Por eso es la más erótica.

Los pies

*No amamos lo bastante la alegría
de ver bellas cosas nuevas.*

*Oh, amiga mía, date prisa:
teme que un día un tren ya no
te conmueva.*

(Apollinaire)

André Breton también temía por el agotamiento de «la lírica de nuestro

28 triunfo



Mayo 1982

cente Aleixandre: «Vimos gruesas serpientes dibujar su pregunta». Pero viniendo de lo cultural a lo municipal, resulta que en el Zoo de Madrid se ha exhibido una rica muestra de serpientes venenosas, y los *pasados* y ecológicos de las últimas generaciones han ido a verlas en masa; la anécdota es tan rica y variada de lecturas que me revienta el folio y lo dejo.

Los jóvenes tienen miedo, como Apollinaire, de que llegue el día en que un tren ya no nos conmueva. Y retornan una y otra vez a ese paraíso perdido, entre Milton, Blake, Rousseau, Fourier y el otro Rousseau, el aduanero, en una de esas huidas de la Historia o del presente (Rimbaud, Gauguin), huida que ahora no es personal, sino generacional. Entre el paraíso y el fanatismo, la más imprecisa cartografía nos sitúa en una Ibiza que a lo mejor ni siquiera está en el Mediterráneo. Una isla de gente descalza que quiere conservarse pura a fin de que, en el año 2000, aún pueda conoverles el ferrocarril. Pero la moda sugiere, para caminar por esa isla de dulce pedregullo, con las chumberas que crecen siempre en la utopías, unas esparteñas que son la alternativa a la descalcez. Esparteñas en cuerpo y plata vieja, por dos mil y pico pelas.

Porque si el desnudo es un traje, el último y más suntuoso, el pie descalzo de la adolescente pacifista y errática es la única sandalia griega que aún puede calzar una mujer.

Aparte el erotismo/esteticismo de los pies, caminar descalzo es poner en acto eso que dijo el otro: «el pie caminante siente la redondez del planeta». Y entrar en contacto directo, por los pies, con la redondez del planeta, le hace a uno como más bueno.

El minimono ácido

Ay, tú, corazón que no tiene forma de corazón.

(Vicente Aleixandre)

Minimono ácido. Parece un ser de ciencia/ficción. Es sólo el viejo mono laboral, ahora femenino, cerrado por delante, con tirantes cruzados en la espalda desnuda, en falda hasta la rodilla, con dobladillo muy ancho, en color ácido y liso, para llevar sin nada debajo.



Los surrealistas son ya nuestros románticos. La poesía amorosa de Aleixandre habla de un corazón que no tiene forma de corazón, quizá porque sufre. Los surrealistas son los clásicos griegos y nobelizados de esta juventud de ahora mismo que ya no sufre tanto por esas cosas, o así parece, y ha decidido que el cuerpo tampoco tenga forma de cuerpo, dentro del minimono o dentro del mar desnudo, sino que el cuerpo, el sexo, el nudo penoso del vivir, se haga soluble en esa estación sin nombre que sale de entre las cuatro estaciones, al atardecer, cuando la eternidad huele a sardina asada. La gente, hoy, toma posesión del propio cuerpo muy pronto, entra en él como en una barca que no es de nadie, por aquello de que navegar importa más que vivir. El rincón de la mujer, tan pacato en las viejas revistas, es hoy la axila total del universo. La juventud ya es dueña de su cuerpo, o sea de su vida. La madurez de todas las edades, la vejez ideológica, política, social, la vejez juvenil sólo es dueña de su ropa y su ropero. El alfiler de corbata se lo sujetan al alma. ■ F. U.